



Monika Zgustova
Nos veíamos mejor
en la oscuridad



Galaxia Gutenberg

MONIKA ZGUSTOVA

Nos veíamos mejor
en la oscuridad

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2022

© Monika Zgustova, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 124-2022
ISBN: 978-84-18807-82-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Madrid

Febrero de 2021

I

Hacía un año que había vuelto de Estados Unidos pero seguía consternada por los acontecimientos de la semana que había pasado allí. En todo ese tiempo no había sabido deshacerme de ellos, y llevaba un año anclada en el pasado. Me parecía que los hechos que habían tenido lugar eran la vida real, los veía luminosos, dignos de atención y hermosos, mientras que el presente era una mera sombra.

La sensación de que la vida transcurría fuera de mí no era nueva. Me sentía anclada en algún lugar mirándola como si se tratara de una película. Tenía la sensación de que la vida estaba en otra parte.

Hacía poco había ido a Madrid, uno de los muchos viajes de trabajo que me tocaba hacer. Mientras estaba allí había enviado un mensaje a un amigo madrileño: «Necesito hablar contigo. Es urgente. ¿Nos podemos ver?» «Podría quedar esta noche después del trabajo, a las ocho, en mi club Picador, calle Recoletos», respondió Luigi.

Aquella noche llovía a mares y en la calle Recoletos todo el mundo entraba corriendo en los edificios, agitaba

los paraguas, se sacudía el agua del abrigo y se miraba asqueado los zapatos mojados. En el club Picador, por suerte, había una chimenea encendida en cada sala. Aspiré encantada el calor y el olor de leña y resina. No llevaba paraguas y estaba empapada del todo, así que sacudí la melena, colgué el abrigo y, como los demás, miré con temor mis zapatos nuevos. Mis pies parecían secos y me alegré de haber comprado calzado hidrófugo. En la pared frente a la entrada había un gran espejo de marco barroco; me miré, pero no me reconocí: la lluvia me había oscurecido el cabello claro y un tono verde fosforecía en mis ojos.

Luigi se levantó enseguida para dispensarme un buen recibimiento y me acomodó en un banco almohadillado. Una camarera nos dejó dos copas de vino en la pequeña mesa de mármol. Luigi había pedido cena.

–Necesito hablar contigo –dije mientras probaba el entrante.

–¿De algo en concreto?

–De una cosa absolutamente concreta. Mi madre.

–¿Como amigo o como psiquiatra? –me dijo sonriendo Luigi, que era hijo de madre italiana y padre español–. A menudo sacas a colación a tu madre, pero después cambias de tema. Por cierto, ¿cómo está?

Bebí un poco de vino, inspiré el aire cálido y suave y paseé la mirada por las mesas y las caras que las llamas de la chimenea iluminaban tenuemente. Antes de empezar a contarle la historia observé a mi amigo para asegurarme de que me estaba prestando atención.

Barcelona

Febrero de 2020

I

El callejón oscuro y sinuoso se abrió en una plaza como si fuera la salida de un laberinto hacia el sol. Nos encontramos en un espacio repleto de mesitas de cafetería delante de la basílica de Santa María del Mar y hacíamos muecas al astro rey. En las escaleras del templo había unos cuantos gatos calentándose con los últimos rayos de sol de febrero; uno negro pasó corriendo por delante de nosotros. Entonces sentí un estremecimiento. Mi acompañante notó mi nerviosismo y me miró interrogativo.

–Es atigrado y no negro –dijo al atar cabos.

Yo seguí frunciendo el ceño.

Debía de tener unos cuarenta años, era más joven que yo. Y también más expansivo, tanto de carácter como de cuerpo, tenía una constitución ágil y fuerte.

–En Barcelona hay más cafés que viviendas –observó sonriendo–. ¿Nos tomamos algo?

Antes de sentarse se quitó la americana como si hubiéramos entrado en un local climatizado y a mí me hizo reír porque seguíamos en la calle. Eso me alegró un poco, no tenía yo un día demasiado bueno. Mark me hizo un gesto

sarcástico mientras estaba atareado comprobando si la silla era sólida.

Mark es un escritor judío de Nueva York, del barrio de Brooklyn, de quien la editorial donde trabajo acababa de publicar la traducción al castellano de su última novela, muy aclamada. El éxito obtenido en Nueva York le había dado confianza y había llegado a España pensando que, como si estuviera en la América rural, podría resolver con arrogancia las preguntas ingenuas de unos periodistas provincianos. Pero se equivocaba. En la rueda de prensa se encontró con un nivel periodístico comparable al de su ciudad y enseguida vio que no podría improvisar las respuestas, cosa que lo desinfló. Seguía un poco aturdido y tímido durante el paseo turístico que yo le había propuesto hacer.

—¡Vaya pelmazo ese joven barbudo con cara de niño de la rueda de prensa! Me ha hurgado con la cuestión de Trump como si fuera culpa mía que sea presidente.

—¡Como si lo hubieras parido, a Trump! —dije riendo.

—¿Dónde has aprendido tan bien el inglés? —me preguntó antes de pedir una cerveza y unas aceitunas. Yo preferí un café.

Le resumí un poco mi vida: cuando tenía dieciséis años, mi familia huyó de la Checoslovaquia totalitaria concertando un viaje a la India con la agencia de viajes oficial Čedok. De Praga salimos unas sesenta personas, volvieron...

—¿Cuántas crees que volvieron, Mark?

—Quince.

—Frío, frío.

—¿Cuántas, entonces?

—Volvieron cuatro. Mi familia fue una de las que se perdió por las calles repletas de gente de Delhi. Desde

allí nos fuimos a Estados Unidos, donde mi padre tenía apalabrada una plaza de profesor en la Universidad de Cornell.

–Que es donde Nabokov daba clases y donde escribió *Lolita*, obra que, por cierto, si no llega a ser por la agilidad de Vera, se habría quemado –me interrumpió Mark antes de despezarse y dar un trago largo de cerveza.

–Sí, Nabokov enseñaba allí unas décadas antes. –Y enseguida añadí–: Desgraciadamente. ¡Ya me habría gustado tenerlo de profesor!

Continué hablando. A los diecisiete años entré en la universidad y estudié en cada lugar que me concedió una beca, pero principalmente en el campus de Urbana-Champaign, de la Universidad de Illinois, que es donde mi padre acabó consiguiendo una cátedra y donde nos establecimos. Acabados los estudios, decidí volver a Europa.

–Europa es grande.

–Primero fui a París. Y una vez allí, una feliz coincidencia me llevó a Barcelona.

–¿No son muchos traslados? –preguntó él sin un interés real, solo para darme conversación. Estaba demasiado concentrado mirando y fotografiando la arquitectura de piedra que nos rodeaba.

Yo me quedé unos instantes pensando.

–Una vez que te marchas de tu tierra puedes vivir en cualquier sitio.

–¿En cualquier sitio? –repitió sin disimular que le interesaban más los santos espigados esculpidos en la piedra de la basílica.

–Sí, en cualquier sitio –respondí despacio y con la vista clavada en la mesa redonda que quedaba entre nosotros.

–Pareces una vidente intentando extraer una respuesta de la bola de cristal –rio Mark, pero enseguida añadió–: Perdona, ¿qué decías?

–Decía que una vez fuera de tu entorno, el mundo se te hace pequeño.

–¿Cómo se puede hacer el mundo pequeño?

Me puse un poco nerviosa, me descolocaba que Mark no entendiera lo que para mí era lo más natural del mundo.

–¡Precisamente tú lo tendrías que entender!

–¿Yo? –dijo sorprendido pero sin perder de vista las altas torres de la basílica–. ¡Excepto algún viaje a Europa no me he movido nunca de Nueva York!

–Pero tus abuelos huyeron de la Alemania de Hitler. Lo has dicho tú mismo en la rueda de prensa, y en la conferencia de ayer contaste que habían conseguido subir al último barco que salía hacia Argentina y, que desde allí, viajaron a Nueva York. Es decir, que en poco tiempo recorrieron medio mundo.

–Sí, es verdad, fue así. Estos callejones recuerdan el laberinto de Creta que Dédalo construyó para el Minotauro. Solo no sabría salir –dijo riendo muy fuerte.

Era evidente que Mark era culto y le gustaba presumir de ello.

Me acabé el café, ya estaba anocheciendo. Cuando de golpe se encendieron las farolas y unos reflectores iluminaron la fachada gótica de la basílica, Mark se entusiasmó.

Entonces sonó mi teléfono, tardé un poco en localizarlo en las profundidades de mi bolso. Aquellos días las llamadas me tenían preocupada. Sabía que tendría que estar a su lado, pero me costaba dejar la editorial en ese momento: teníamos de visita a un autor que había generado

muchas expectativas. Y, de hecho, ¡acababa de celebrar con ella la Navidad y Fin de Año!

¿De verdad no podía viajar para volver a verla?

Podía, pero no quería. Y no solo por el autor.

Mi intuición era correcta. Me llamaban del hospital donde estaba ingresada. La doctora me preguntó si, como apoderada, tenía algún plan de futuro.

—¿Algún plan? ¿A qué se refiere?

La doctora quería saber si, llegado el caso, aceptaba que mantuvieran a Jana con vida artificialmente. A mí me sorprendió que se refiriera a mi madre como Jana. En la familia era así como la llamábamos, pero en aquella situación... La costumbre americana de usar en casi todos los casos el nombre de pila resulta cercana y simpática, pero hacerlo al hablar de las últimas voluntades de mi madre me parecía forzado. De todos modos, la extrañeza se me pasó enseguida.

—Deseo lo que quiera mi madre.

—¿Y sabe qué quiere ella? —preguntó la doctora sin concretar.

—Dice que mientras pueda disfrutar del helado de vainilla, quiere vivir —respondí haciendo un guiño y sonriendo a Mark, que me estaba escuchando. Él me devolvió el gesto con complicidad, levantando la ceja izquierda.

—¿Helado, dice? —preguntó la doctora sin entenderme—. Jana tiene aquí un documento notarial según el cual no se le tiene que prolongar la vida de manera artificial —me informó.

—Repito que me identifico con la voluntad de mi madre. Pero... ¿qué quiere decir todo esto? ¿Está grave? ¿Hay algún peligro inminente? Perdón, ¿qué ha dicho? ¡No la oigo! ¿Hola?

–Le digo que no. No, no hay ningún peligro inminente, no sufra, solo es una cuestión burocrática. Necesitamos su consentimiento, eso es todo. No lo tenemos, ¿sabe? La próxima vez, cuando venga a verla, tendría que pasarse para firmarlo.

–¿Y qué tiene exactamente?

–Pues está muy débil, tiene tos y un resfriado con un poco de fiebre. Nada extraño. Lo que pasa es que tiene casi ochenta años y, como vive sola, no la podemos enviar a casa. Nos la quedaremos un par de días más.

–¿Y el helado...? –pregunté tímidamente.

–No se ha cansado de él, no –me respondió la doctora, que, mientras tanto, se había acostumbrado a mi modo de hablar.

Cuando colgué, Mark me dijo con vehemencia:

–Tienes que ir, Milena.

–Sí, está claro. Tengo el billete para el domingo.

–Antes. Inmediatamente.

–Si estamos a jueves...

–Tienes que irte mañana mismo. En el primer avión.

–¿Crees que no puede esperar? Tanto la doctora como la enfermera me han asegurado que se pondrá bien: es mayor, pero no tanto, en otoño cumplirá ochenta.

–No puedes esperar. Sé de qué hablo, ¿sabes, Milena?

Mark se había sentado tan recto para aconsejarme que parecía que hubiera crecido, y eso que de entrada ya era alto. Yo me había puesto nerviosa y me removía en la silla, ansiosa por irme de allí. Pagamos y mientras caminábamos por la calle Argenteria me contó que hacía unos años había recibido una llamada parecida del hospital donde estaba ingresada su abuela. Mark hablaba, pero a

la vez no paraba de sacar fotos, parecía embrujado por la ciudad.

Yo no dije nada, no tenía sentido preguntar cómo había acabado el asunto, estaba claro. Mark se dio cuenta de ello, paró de fotografiar las casas y, como tenía la sensación de haberme herido, farfulló:

—Pero era mi abuela, ¿sabes?, mi abuela de noventa y cinco años. Tu madre es mucho más joven y no tiene por qué significar nada. De todos modos, yo me iría lo antes posible. Te puedo ayudar a cambiar el billete, si quieres.

Sí que quería. Imagínate que... ¿Por qué no admitirlo?: imagínate que fuera el fin. ¿Y si se moría y no llegaba a tiempo para verla? Querría decir que se iba sin que hubiéramos hecho las paces. Yo no me lo perdonaría nunca.

Para cenar elegimos uno de esos restaurantes simpáticos con diseño minimalista entre paredes de piedra e iluminación de velas. Había cambiado el billete, saldría al día siguiente por la mañana en el mismo vuelo que Mark y, en Nueva York, haría escala para continuar a Chicago y más allá. Realmente, me había quitado un peso de encima, tenía ganas de ver a mi madre y de ponerme en camino. Eran las once cuando nos acabamos la botella de vino y pensé que era mejor irme a preparar las cosas. No me podía sacar de la cabeza la posibilidad de que mi madre se fuera sin haberme reconciliado con ella.

2

Cogí una falda negra, un jersey negro, uno gris, otro azul marino y unas medias negras y lo puse todo en la maleta.

A la luz amarilla de la lámpara de la mesilla de noche la ropa parecía todavía más oscura.

—¿No exageras, Milena? Pero si no ha pasado nada —dijo Mark.

Le miré intentando discernir si estaba convencido de lo que decía. Después saqué las medias finas y las cambié por unas más gruesas pensando en que seguramente habría nevado.

—Tienes a tu madre en el hospital. No hay nada raro en eso, todos nos ponemos enfermos en algún momento dado —insistió blandiendo las manos como si fueran aletas.

Me lo quedé mirando: ocupaba gran parte de la habitación, sobre todo cuando gesticulaba. ¡Muy fácil de decir para él! Aunque yo tampoco era suficientemente consciente de la edad de Jana, la seguía viendo joven, como por otro lado era: con el pelo corto y rubio, esbelta, con pantalones o con una falda por encima de las rodillas. Pero también podía oír una y otra vez la voz que ponía cuando me llamaba desesperada y yo me tapaba las orejas. Aún pensando en ello, puse la ropa interior y el neceser en la maleta y, finalmente, le conté a Mark cómo había ido todo.

Hacía una semana, mi madre me había llamado para decirme que estaba en el hospital y que le había pasado una cosa extraña: de repente se había encontrado con que no podía respirar bien y sentía mucha debilidad. «Esta mañana quería levantarme, pero estaba tan débil que no me podía poner de pie. Para llegar al lavabo las he pasado canutas, me he tenido que apoyar en las paredes y los muebles y he acabado de rodillas. Como en *La transformación* de Kafka: me fui a dormir como una persona nor-

mal y me he despertado como una clase de escarabajo», me había dicho.

Yo mentalmente esboqué el intento de sonrisa de su rostro al decirlo. Quizás nadie la veía, pero la sonrisa estaba ahí; esto por teléfono se percibe. Unas horas más tarde, volvió a llamarme para decirme que se la habían llevado en ambulancia al hospital. Desde ese momento me había llamado cada día pidiéndome que por favor fuera. El caso es que no hacía mucho que había viajado. Y me repetía que justamente aquellos días la editorial me necesitaba.

Si aun así quería ser sincera conmigo misma, tenía que reconocer que también me había vencido la curiosidad por conocer a Mark, ¡en la editorial habíamos puesto tantas esperanzas en él! Además, esos días ya tenía planes para ir al teatro y a una recepción, y no me lo quería perder. Por eso había dejado varias veces el móvil apagado y durante unos días no había hecho caso a las llamadas desde Estados Unidos.

El lunes mi madre me había vuelto a llamar.

—¿Cómo estás? —quise saber.

—Estoy floja, no me puedo levantar. Y tengo una tos fea. ¿Cuándo vendrás, gatita?

Yo no había sabido qué responder.

Desesperada por mi poca disposición a ir a verla, mi madre había pasado a los reproches.

—Sabes muy bien que naciste sietemesina y que parecía que te tenías que morir. Los médicos no nos dieron ninguna esperanza. Si sobreviviste fue porque yo te cuidé como a una rosa. ¿De verdad no me puedes hacer este favor ahora que tanto te necesito? Ya no sé cómo tengo que pedírtelo...

Mientras Jana hablaba, recordé que hacía unos días, en una pequeña herboristería del barrio Gótico, había olido canela e inmediatamente, como en una alfombra voladora, me había transportado a mi primera infancia: de repente tenía tres años y me sentaba en el regazo de mi madre, ella me daba de comer con paciencia. Cogía una cucharada de papilla, pero yo solo quería las que iban repletas de mantequilla y espolvoreadas con azúcar y canela. Cuando tocaba una cucharada seca apretaba muy fuerte los labios. Mi madre se las tenía que ingeniar todas: esta cucharada por el papá, esta por Míša, esta por la tía... por la tía, ¿no?, pues por el tío... Con el juego se hacía patente qué parientes me resultaban simpáticos y cuáles no. El perfume de canela me abdujo, ya no hacía cola para comprar manzanilla y azahar, sino que estaba sentada con firmeza en el regazo de mi madre. Cuando la dependienta se dispuso a atenderme me llevé una buena decepción: ni yo era una niña pequeña, ni la tienda, la cocina impregnada de canela del piso de Praga.

Ese día me abstuve de enviar a freír espárragos a mi madre como hasta entonces. El hechizo poderoso de aquella miniexcursión a la niñez me había hecho decidir que iría a verla. Había hablado con la doctora y me había dicho que le parecía innecesario hacer un viaje tan largo, pero yo no me podía sacar de la cabeza la voz humilde y desesperada que me pedía que fuera a verla. Me senté frente al ordenador y compré un billete. Para el domingo: así no me perdía el teatro, ni la recepción, ni al escritor prometedor.

Encima de la ropa negra de la maleta puse un cinturón rojo. Mark deambulaba por el piso y sin moderar el volumen hablaba de Barcelona, las plazas con palmeras, las bibliotecas de piedra, los archivos góticos, las librerías de

varios pisos, los palacios y las casas desconocidas de Gaudí, los pequeños cafés con interiores acogedores y terrazas bajo parasoles y de los barrios con tantas comunidades, la africana, la india, la china, la árabe. Después, riendo, se cargó a los agentes y a los críticos literarios, tampoco se salvaron los autores que se hundían con la primera mala reseña. «¡Se tienen que acostumbrar!», exclamó intentando contagiarme su buen humor. Yo pensé que Mark no debía conocer la deshonra de la picota, que es donde te puede dejar una mala crítica.

Mientras cenábamos, yo había creído que la presencia de Mark me ayudaría a distraerme, pero entonces me daba cuenta de que más bien me estorbaba. Educadamente le hice saber que necesitaba hacer la maleta sola, no me quería dejar nada. Al irse, me dio dos besos y me prometió que por la mañana me pasaría a recoger en taxi para ir juntos al aeropuerto.

Dejar de oír sus pasos sobre el parqué fue un descanso.

Sentada en la cama, desplegué el pañuelo de colores que mi madre siempre decía que me quedaba tan bien. Sí, es ideal para llevar con ropa negra. Lo volví a doblar cuidadosamente y, una vez en la maleta, le pasé la mano por encima.

Cuando hacía unos días había llamado a Jana para decirle que ya tenía billete y que el domingo por la tarde, a lo sumo el lunes por la mañana, nos veríamos, no se había alegrado.

—Ya es tarde —dijo con tono hostil—, lo tendrías que haber hecho antes.

—¿Tarde por qué, mamá?

—Ahora ya me has demostrado que no te importo. De todos modos, no es algo nuevo para mí.

Intenté refutárselo, pero no sirvió de nada. Mi madre creía que su provocación funcionaba. Cuando colgué, me sentí más sola que nunca.

Había sido nuestra última conversación.

Con los dedos sobre el pañuelo doblado recordé una historia que me había contado no hacía mucho tiempo. Hasta entonces, yo no la había escuchado nunca, y diría que era la única de la familia que la conocía. La proyecté sobre el pañuelo colorido convirtiéndola en una película.

3

Jana ha marinado unos huevos con agua y vinagre en un gran recipiente de cristal que apenas puede levantar. Lo quiere guardar en la despensa, pero los estantes están llenos, cada conserva tiene su lugar; colores, olores y formas se amalgaman y el único hueco está rozando el techo. Tendría que servirse de la escalera de mano, pero está embarazada de siete meses... Su pareja todavía tardará unas horas en volver de la universidad, da clases hasta tarde, y Jana ya querría tenerlo todo ordenado... Durante el embarazo no se ha encaprichado de frutas tropicales pero, en cambio, no soporta el más mínimo desorden. No quiere esperar a que llegue su marido, tiene ganas de guardar el bote enseguida. Y si le ocurriera algo, pues mira, tú, que su entorno se dé cuenta de que, pobre, está sola con todo... Coge el bote, se bambolea con él hacia la escalera de mano, sube con dificultad por los escalones... y, cuando levanta los brazos para colocarlo, cuando ya está a punto de liberarse del gran peso, la corriente eléctrica de un dolor agudo que nace en la barriga le recorre el cuerpo

hasta lo alto de la cabeza y también por los dedos de las manos y los pies. Jana suelta el bote, que se rompe en mil pedazos, Jana se cae de la escalera... Solo existe un fuerte dolor, cree morirse... pero saca fuerzas de flaqueza y consigue incorporarse un poco. A gatas, con las rodillas llenas de cristales clavados y las palmas ensangrentadas, intenta llegar a la mesa donde está el teléfono. Vuelve a caerse al suelo, esta vez sobre el vientre lleno de vida nueva... ¿todavía hay vida allí dentro? Los brazos y las piernas se le aflojan como un trapo mojado, se arrastra sobre la barriga, sobre la gran barriga, ya no se siente vida en ella, la que había la han aplastado... Por fin, está aquí, tiene el teléfono al alcance y con las fuerzas que le quedan marca el número.

Cuando recobra la conciencia, en el hospital le dicen que ha dado a luz a una niña sietemesina. Solo pesa un kilo y medio. Los médicos tienen pocas esperanzas: «No la podemos poner en la incubadora, hay una infección. La tenéis que llevar a casa bajo vuestra responsabilidad.» Y uno de ellos añade en voz baja: «Yo no me haría muchas ilusiones. No tiene posibilidades de sobrevivir.»

Sobrevive, si bien a duras penas. Durante mucho tiempo parece una criatura desnutrida. Nunca tiene hambre, no mama lo suficiente.

Unos tres años más tarde solo quiere zumos de fruta, a poder ser de mandarina y naranja, que, durante el comunismo, en Praga, son frutas difíciles de encontrar. A veces se consiguen de Cuba: parecen patatas y son difíciles de pelar.

Recordé otra vez que mi madre se ponía loca de alegría cada vez que me tragaba una cucharada de papillas. Espolvoreada con canela. Sentada en su regazo.